

LAS LITERATURAS DE AMÉRICA Y SU SITUACIÓN COLONIAL

Facundo Ruiz*
nofacundos@gmail.com
Universidad de Buenos Aires - CONICET

Resumen: Visto en grueso, hoy el problema de los estudios de las literaturas de América es su especialización, la pérdida o ausencia de un horizonte común, que, no casualmente, coincide con cierta conceptualización omniabarcativa e interseccional, organizada –entre otros– por el archivo, la literatura mundial, los giros y transiciones. Pero lo que quizá sea aún más significativo es que la especialización parece resultar de un deseo cumplido del latinoamericanismo, que a fines del siglo XX precisaba Antonio Cornejo Polar al preguntar: “¿cómo, con qué instrumentos, con qué arsenal metodológico enfrentamos a esta literatura compleja y heterogénea?” En diálogo con esa intervención clave de Cornejo Polar y su constante preocupación por el horizonte de esos estudios y esas literaturas, el siguiente ensayo se propone trazar un mapa para dicho problema, pensar uno de sus dilemas medulares (si hay o no una teoría literaria americana), enunciar “la teoría de la tela y el traje” y, fundamentalmente, atender a cómo ese problema, ese dilema y esa teoría hacen o deshacen hoy, críticamente, la situación de los estudios de las literaturas de América.

Palabras clave: crítica literaria latinoamericana; Cornejo Polar; teoría literaria; colonialidad

Visto en grueso, hoy el problema de los estudios de las literaturas de América es su especialización, la pérdida o ausencia de un horizonte común, que, no casualmente, coincide con cierta conceptualización omniabarcativa e interseccional, organizada –entre otros– por el archivo, la literatura mundial, los giros y transiciones.¹ La especialización, no obstante, es el efecto de dos condiciones positivas: un crecimiento del sistema científico-universitario y el necesario despliegue de la singularidad de las literaturas de América y, así, del despegue de su concepción de

* Doctor en Letras por la Universidad de Buenos Aires e Investigador de CONICET y del Instituto de Literatura Hispanoamericana (UBA), donde dirige el grupo Estudios barrocos americanos. Se desempeña como profesor a cargo de Fundamentos de los Estudios Literarios y docente de Literatura Latinoamericana I en la Facultad de Filosofía y Letras (UBA). Es co-editor de *Rapallo*.

¹ Cf. *Myth and Archive* de González Echevarría (Cambridge University Press, 1990), “Colonial Archives and the Arts of Governance” de Stoler (*Archival Science* 2, 2002), “Los archivos y la construcción de la verdad histórica en América Latina” de Aguirre y Villa-Flores (*Jahrbuch für Geschichte Lateinamerikas* 46, 2009), *El archivo y el repertorio* de Taylor (Universidad Alberto Hurtado 2015), *América Latina en la “literatura mundial”* de Sánchez Prado ed. (Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana 2006), *América Latina y la Literatura Mundial* de Müller y Gras Miravet dirs. (Iberoamericana 2015), *New Approaches to Latin American Studies* de Poblete ed. (Routledge 2018), *Latin American Literature in Transition. Pre 1492-1800* de Quispe Agnoli y Brian coords. (Cambridge University Press, 2022), entre otros.

“la lenta empresa de occidentalización emprendida por la colonización española y continuada después de la independencia” (Gruzinski, 1986, p. 411). Pero lo que quizá sea aún más significativo es que la especialización no es el resultado sólo de condiciones positivas, sino de –en cierto modo– un deseo cumplido del latinoamericanismo, que a fines del siglo XX precisaba Cornejo Polar al preguntar: “¿cómo, con qué instrumentos, con qué arsenal metodológico enfrentamos a esta literatura compleja y heterogénea?” (1999, p. 11).

1 Teoría: historia de un deseo

Tal vez porque nunca se resignaron a sus orígenes y tampoco se reconciliaron con su pasado, escribe Rama en *Transculturación narrativa en América Latina*, a las letras latinoamericanas siempre “las movió el deseo de independizarse de las fuentes primeras”. A tal punto, continúa –en sintonía con la “independencia espiritual” de Sánchez (1937, p. 129) y la “independencia intelectual” de Henríquez Ureña (1949, p. 103)–, que desde el siglo XVIII hasta nuestros días “esa fue la consigna principal: independizarse” (Rama, 2007, p. 15-16). El problema, apunta Cornejo Polar, y ambos –lectores de Fanon– lo distinguían claramente, es que la independencia no consolida la descolonización y retiene, en cambio, el “maniqueísmo primario” colonial, ese “mundo cortado en dos”, que desplaza temporalmente cuando no obstruye materialmente la posibilidad “de elaborar una sociedad, de construir y afirmar valores” que fijen “distancias en relación con la cultura occidental en la que corren peligro de sumergirse” (Fanon, 1974, p. 44, 32, 73 y 191).² Esto es: que “[l]a colonia continuó viviendo en la república” era parte de nuestra América (Martí, 1971, p. 163). A lo que se sumaba, elocuentemente, el problema de la “primeridad” de las fuentes, o cuáles y

² La presencia de *Los condenados de la tierra* es insoslayable en *La ciudad letrada* de Rama (especialmente el cap. IV “Sobre la cultura nacional”, al que Rama refiere explícitamente en el contemporáneo *La novela en América Latina*) y –de forma menos clara– en “La señal de Jonás sobre el pueblo mexicano”, aunque no haya sido mencionada, así sea para explicar su beligerante tono antiletrado, claramente fanoniano; en Cornejo Polar es evidente en la “armonía imposible” que vertebra *Escribir en el aire* (especialmente el cap. I “La violencia”). Menos evidente tal vez, pero rastreable (cf. Catelli, 2014), es la presencia en ambos de *Piel negras, máscaras blancas* (especialmente los caps. I “El negro y el lenguaje” y IV “Del supuesto complejo de dependencia del colonizado”), que podría –en Rama– abrir otra lectura (no exclusivamente nietzscheana) de *Las máscaras democráticas del modernismo* y –en Cornejo Polar– reorientar su preocupación por la figura del migrante y la categoría de migrancia que, sobre el final de su obra, “en cierta medida sustituye a la de la heterogeneidad cultural” (Sobrevilla, 2001, p. 24).

cómo serían “primeras”, en tanto “el origen de nuestra literatura [...] es más antiguo en cuanto nos reconocemos en una historia que viene de muy lejos y traspasa por largo el límite de la Conquista”, aunque el encuentro de Cajamarca del 16 de noviembre de 1532 “es el comienzo más visible de la heterogeneidad que caracteriza, desde entonces y hasta hoy, la producción literaria peruana, andina y –en buena parte– latinoamericana” (Cornejo Polar, 2003, p. 21). Y este principio desdoblado, en origen y comienzo, donde “la *pertenencia* se convierte en un dilema y pone en marcha el imaginario de los *comienzos*” (Díaz Quiñones, 2006, p. 23), si por un lado obedece en Cornejo Polar a la exigencia de atender, para comprender la literatura latinoamericana como un sistema complejo de conflictos y contradicciones, “el problema básico de la duplicidad de sus mecanismos de conformación” (2003, p. 19), propio de “las literaturas sujetas a un doble estatuto socio-cultural” (1978, p. 7), por otro, evidencia que al deseo de independencia corresponde no sólo el deber de no “contentarse con definirse en relación con valores previos”, sino más aún, el de “esforzarse por descubrir valores propios, métodos y un estilo específicos” (Fanon, 1974, p. 91).

Esta voluntad y esfuerzo por señalar –descubrir o inventar– lo específico (peculiaridad o diferencia)³, que en 1925 William Carlos Williams describía inolvidable en *In the American Grain* como el deseo [it has been my wish] de “tomar de cada fuente sólo una cosa, el fósforo extraño de la vida, anónimo bajo un viejo nombre errado” (1956, s/p, mi traducción), se fundaba en el reconocimiento del carácter singular de la producción literaria americana, que a fines del siglo XX –decía Cornejo Polar– “muchos reivindicamos [como] la condición múltiple, plural, híbrida, heterogénea o transcultural de los distintos discursos y de los varios sistemas literarios que se producen en nuestra América” (1999, p. 10). Reconocimiento que, deliberada o principalmente, pretendía constituir a su vez la raíz cultural de una tradición y de una herencia alternativas, de “an authentic alter/native”, como precisó Kamau Brathwaite (1986, p. 209), que sin dejar de dar cuenta –nuevamente– del doble, e impuesto,

³ “Everywhere I have tried to separate out from the original records some flavor of an actual peculiarity the character denoting shape which the unique force has given” (Williams, 1956, s/p); “aunque tampoco sea cuestión de partir absurdamente de cero e ignorar los vínculos que conservamos con la llamada tradición occidental, que es *también* nuestra tradición, pero en relación con la cual debemos señalar nuestras diferencias específicas” (Fernández Retamar, 1995, p. 87). Concepción que perdura diversamente en el siglo XXI (cf. Kurlat Ares y de Rosso, 2021, p. ix), aunque en algunos casos (cf. Bonfiglio, 2020), advertía Cornejo Polar en 1992, quizá aún bajo “las tesis más impactantes, pero menos certeras, de la teoría de la dependencia” (1999, p. 9).

legado o patrimonio cultural [double inheritance] de las literaturas del Caribe, a un tiempo, europeo y africano⁴, hiciera posible la redefinición misma de “cultura”, ya no como un sistema articulado, unificado y definido por una voz, sino como un complejo de voces y patrones [a complex of voices and patterns] que una fuerza geográfica y política, y de interacción social, sostenía juntos (1986, p. 114-115). Esto es: una cultura definida por su relación con otras, a las que también afecta; una cultura que permitiera emerger la unidad submarina afroamericana (Brathwaite, 1975), así como el “subtexto” que Durad (1990, p. 3) oía fluir por la prosa del Inca Garcilaso entretejiendo –con toda intención– ideas y alusiones de “resonancias andinas” (Mazzotti, 1996, p. 45), no menos que la “red de agujeros” que ya figuraba –y aún proyecta– el trajinado cantar mexicana (en León-Portilla, 2009, p. 199).

Insoslayable es el vínculo que este proyecto tiene, en sus diversas manifestaciones, con el muchas veces articulado por Henríquez Ureña (1947, 1989), sea a través de “nuestra expresión”, de la “utopía de América” o del “hombre nuevo”, es decir, el de “la idea de una continuidad cultural indispensable en América Latina” (Sarlo, 2000, p. 883). Una continuidad que, otra vez, señalaba –a la par– un persistente deseo, “el deseo de independencia intelectual” (1947, p. 103), y un deber singular, el que “solo nos obliga a acendrar nuestra nota expresiva, a buscar el acento inconfundible” (1989, p. 43).⁵ Esa búsqueda específica, que desde principios del siglo XX adquiere en Ureña –deliberadamente– una dinámica espacial (el planteo de *camino*s para nuestra historia, el mapeo de sus *corrientes* literarias), y cuya preocupación magnética resume en “No es que no tengamos brújula propia; es que hemos perdido la ajena” (1989, p. 52), es releída –a fin de siglo– por Sarlo (1984,

⁴ “We will, in other words, be looking for some mode of New World Negro cultural expression, based on an African inheritance, no matter how unconsciously but also (and this goes without saying), built (increasingly firmly?) on a superstructure of Euro-American language, attitudes and techniques. Jazz, for instance, is played in an Africanized manner on European instruments” (Brathwaite, 1986, p. 61).

⁵ En el mismo sentido que George Lamming diría, en 1960: “No me interesa demasiado lo que el escritor antillano ha aportado a la lengua inglesa, porque el inglés ya no es la lengua exclusiva de quienes viven en Inglaterra. Eso terminó hace mucho y es hoy, entre otras cosas, una lengua antillana. Lo que los antillanos hacen con ella es asunto suyo. Una consideración de mayor importancia es lo que el novelista antillano ha traído a las Antillas. Esa es la verdadera pregunta y responderla puede ser el verdadero comienzo de un intento de lidiar con esa estructura colonial de conciencia que ha determinado los valores antillanos” (2007, p. 66). Propuesta que alcanza en “The African Presence in Caribbean Literature” (1970/1973), pero acabadamente en “History of the Voice” (1979/1981), de Kamau Brathwaite (1986, p. 190-258 y 259-304), el “nation language” como su forma, conceptual y estratégica, definida.

1997, 2000) ya no en relación al carácter singular de la producción literaria americana sino en torno a “el lugar y función del discurso crítico”, al “lugar del intelectual” y, puntualmente, a su “función pública” (2000, p. 882, 885). Este desvelo crítico compartido (Moreiras, 1998; Panesi, 2000; Richards, 2001), motivado tanto por la globalización y los estudios culturales como por la fetichización del lenguaje de los estudios literarios y su enunciación (“desde” o “sobre” América) y colocación institucional (académico/universitaria, norte o sudamericana) conflictivas, volvía a poner en primer plano la especialización, reconocida ahora –y simultáneamente– como condición o garantía de intervención social efectiva y, menos inminente que efectivo, riesgo de clausura, homogeneización y marginalidad. O su sintomático reverso, que Zanetti subrayaba –no sin ironía– en la “un poco extemporánea [...] preocupación por socavar la tiranía del canon latinoamericano” (2000, p. 230).

En este sentido, ante la desalentadora situación finisecular que hacía de la especialización un callejón sin –aparente– salida (a más especialización, descontento de mayor aislamiento y promesa de mejor intervención), Sarlo recuperaba el optimismo de Ureña, y la “unidad problemática dispersa” (2000, p. 881) de su obra, como el movimiento voluntarista que busca recoger –y aclara, entre paréntesis: “no sólo para el uso académico”– “los *dissecta membra* de la cultura latinoamericana; construir, más que descubrir, su unidad” (887), pues encontraba ahí el indispensable “impulso de transformación del que ha surgido la capacidad para resolver las crisis americanas” (2000, p. 885). Y proponía, como consecuencia de dicho optimismo, una explicación para el “punto ciego en Mariátegui” que hallaba en el pensamiento de Ureña: en tanto “el conflicto (social, cultural, racial)” no estuviera ubicado como categoría central, resultaba imposible a Ureña “hacerse cargo del pensamiento de Mariátegui” (2000, p. 885-886). Sin embargo, efecto inevitable de la “simultaneidad impensable” de nuestra literatura (Zanetti, 1987, p. 189), esto no había impedido a Mariátegui hacerse cargo del pensamiento de Ureña. Y si bien es cierto que la evaluación de Sarlo no resulta desatinada, también lo es que parte de –y se funda en– un texto que Mariátegui no conoció: *Las corrientes literarias en la América hispánica*, gestado y publicado más de una década después de muerto Mariátegui, quien sí lee –y comenta, no sólo elogioso sino optimista– *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*. En su reseña, además de reconocer ese mismo riguroso optimismo, el que “combina la disciplina y la medida del crítico estudioso y erudito con la inquietud y la comprensión del animador que, exento de toda ambición directiva, alienta la

esperanza y las tentativas de las generaciones jóvenes” (Mariátegui, 1969, p. 253), se detiene en lo que –a través de él– conjura justamente no sólo “el superamericanismo de los que aconsejan cierta clausura o, por lo menos, cierta resistencia a lo europeo, con mística confianza en el juego exclusivo y excluyente de nuestras energías criollas y autóctonas” sino toda especialización, sea por “hedonismo”, “eruditismo” o “preceptivismo”, a los que relega “a una condición inferior de la crítica” (1969, p. 255), en tanto señalan esa decadencia que –tres años antes– había precisado como “atomización” o pérdida “del absoluto de su época”, sea este una “fe” o un “mito”, y en ambos casos, “una meta”, sin la cual “sólo se pueden hacer unos cuantos pasos” (1969, p. 169). La crítica literaria no es –y “Henríquez Ureña confirma y suscribe”, concluye Mariátegui– una cuestión de técnica o gusto y “será siempre ejercida, subsidiaria y superficialmente, por quien carezca de una concepción filosófica e histórica”, esto es, “un sentido de la historia y del universo, una *weltanschauung*” (1969, p. 255).

Es esta *weltanschauung* de Mariátegui, esa “brújula” de Ureña, aquella authentic alter/native de Brathwaite, o también, “la construcción de imágenes de espacios sólidos y coherentes, capaces de enhebrar vastas redes sociales de pertenencia y legitimidad” (Cornejo Polar, 2003, p. 7) y, puntualmente: su productividad artística y crítica en y para los estudios de las literaturas de América, lo que Cornejo Polar considera que “fracasó” (2003, p. 8 y 1999, p. 9). Exactamente donde el siglo XX empezaba a ser el XXI, o el “continente de la esperanza” parecía volverse el “continente del desencanto” (García-Bedoya, 1993, p. 510), hallaba Cornejo Polar la señal inequívoca de que el proyecto –que él ubica en los años 70 y Mariátegui, a quien confirma y suscribe Ureña, en los 20– había fracasado, “pues es obvio –decía en 1994– que de hecho no existe la tan anhelada ‘teoría literaria latinoamericana’” (2003, p. 8); y poco antes: “en efecto hoy no tenemos una teoría literaria hispanoamericana” (1999, p. 9). Amén del nada adjetivo vaivén latino/hispanoamericano –y de que muy probablemente las razones de su juicio no distaran del pensamiento de Mariátegui– resulta significativo que el síntoma o prueba del fracaso, una y otra vez, sea la ausencia de una “teoría”, sea ésta la brújula o *weltanschauung* de an authentic alter/native, se trate –como dice Cornejo Polar– de “el gran proyecto epistemológico” (2003, p. 8). No era la primera vez, por otra parte, que se llegaba a esa conclusión: Fernández Retamar, ejemplarmente, que venía enunciándola desde

1972, todavía decía en 1995 que las obras y ensayos dedicados a dicha cuestión no eran sino “intentos de teoría de la literatura escritos *en* Hispanoamérica, pero *no* teorías *de* la literatura hispanoamericana. La razón de ello es simple: aspiran a ser teorías *generales* de la literatura” (1995, p. 77). En tanto, una vez más, “nuestra literatura (como nuestra cultura, como nuestra historia toda) tiene que ser considerada con absoluto respeto para su especificidad”; si bien, aclara enseguida –retomando a Mariátegui y a Ureña–, “*de ninguna manera* debe confundirse con un criterio aislacionista” (1995, p. 15). El panorama, otra vez, aparecía como un callejón sin – aparente– salida: la tendencia hacia la especificidad, mientras conjuraba el aislamiento, de algún modo lo iba consolidando en la especialización, fenómeno al que Saer en 1979 había descrito sin más como “gueto de latinoamericanidad” (2004, p. 260).

El problema, lógicamente, parecía radicar entonces en el “modo”; pues si “la construcción del tantas veces mencionado ‘objeto’ (nuestra literatura) no depende solamente de una opción propia de la teoría literaria sino también, y tal vez sobre todo, de una opción inocultablemente política acerca de quiénes (y quiénes no) formamos parte de ‘nuestra América’” (Cornejo Polar, 1999, p. 11), entonces lo que se evidenciaba a fines del siglo XX era la sobrevivencia –más que tangible en el siglo XXI– de las *causas* teóricas, y sobre todo políticas, que persistían configurando –para la literatura, la cultura y la historia americanas– un “mundo cortado en dos”, aquel maniqueísmo primario colonial, que continuaba distribuyendo, neutralizando o canonizando, “objetos” y “sujetos”, “teorías” y “corpus”, “literaturas” y “estudios literarios” cada vez más acendradamente. Esta sobrevivencia, por un lado, da cuenta de una historia más larga (que *La ciudad letrada* resume), la del “curioso culto por el detalle” del intelectual colonizado que “[i]ntroduce la noción de disciplinas, especialidades, campos, en esa terrible máquina de mezclar y triturar que es una revolución popular” (Fanon, 1974, p. 44), introducción que *transforma* la distinción en división y la división en pérdida o ausencia de un horizonte común, *produciendo* el tribalismo y, más aún, la “hibernoterapia” (Fanon, 1974, p. 59), con su promesa de éxito individual y momentáneo, que caracteriza hoy la situación de los estudios de las literaturas de América. Pero por otro lado, es la sobrevivencia de las causas –que ningún fracaso, sobre todo si revolucionario, anula– la que habilita cuando menos, si no alienta u obliga, a reconsiderar el “fracaso”, no sólo como una forma de asumirlo como tal, en tanto constituye y sitúa nuestros estudios, sino –y fundamentalmente–

porque *permanecen* las razones y motivaciones que condujeron los intentos, más o menos logrados, y los deseos, más o menos cumplidos, de modificarlas o –llanamente– de sustituirlas total, completa, absolutamente. Reconsiderar, entonces, supone hoy *relativizar* el “fracaso” de ayer, no como una forma de atenuar o minimizar su importancia o efectos sino, por el contrario, como una manera de poner esa importancia y efectos *negativos* –entre ellos, y no el peor, la especialización– en relación con lo que hoy, todavía, es un conflicto no resuelto: el de la situación colonial de América y sus estudios literarios.⁶

En este sentido, una primera –quizá simple o necesaria– reconsideración, cabe a lo que se entendió o persiguió como “teoría”, prueba o síntoma del fracaso. Porque esa noción, marcada por una ajenidad o exterioridad que la volvían –para América y su literatura– siempre inalcanzable o postrera, se definía *negativamente* en relación a un “corpus”, al que no podía articular fundadamente, explicar cabalmente, ni del cual emerger coherentemente: “Si se trataba de construir *una* teoría que diera entera razón de *una* literatura [...] entonces el proyecto todo hizo crisis cuando comenzó a imponerse, años después, una imagen variada y multiforme de la literatura latinoamericana” (Cornejo Polar, 2003, p. 10; cf. Fernández Retamar, 1995, p. 82-83). Pero, si “toda teoría es una hipótesis de trabajo sugerida por el interés hacia el hecho mismo: sólo es necesaria para separar y reunir los hechos en un sistema, y nada más” (Eichenbaum, 2004, p. 305), como citó Fernández Retamar y había leído Cornejo Polar, ¿no es, entonces, la heterogeneidad (o la transculturación), justamente, esa

⁶ Y eso, entre otras cuestiones (re)fundadoras, es claro para Cornejo Polar: “De ese trauma surge la América moderna, sin duda, y frente a él (o dentro de él) caben algunas opciones: desde el lamento permanente por todo lo perdido hasta el voluntarioso entusiasmo de quienes ven en los entrecruzamientos de entonces el origen de la capacidad de universalización de la experiencia americana, comarca en la que habría de surgir o la épica ‘raza cósmica’ o el modesto pero eficaz ‘nuevo indio’ por ejemplo, y esto sin contar con los bobos deliquios de los hispanizantes que aún reptan por nuestras naciones y se siguen solazando con las ‘hazañas’ de los conquistadores. Al margen de cualquier tentación psicologizante, me parece que el trauma es trauma hasta tanto no se le asuma como tal.” (2003, p. 14) Y si bien, frente a él y dentro de él, han aparecido en el siglo XXI otras –menos o más discutibles– opciones: la imaginación especulativa (Ludmer, 2010), el resentimiento (Jáuregui, 2020) y la bulliciosa omisión (Degiovanni, 2024); no casualmente, son los “bobos deliquios” (cada vez menos bobos o más afianzados, nada nuevos pero hoy renovados) los que alertan sin duda: “En realidad habría que decir que la corona española no tenía colonias: los territorios americanos constituían legalmente reinos como los demás” (Arellano, 2017, p. 42); o también: “For a brief moment the public acceptance of Ramírez’s account as truthful constituted a denunciation of pirates, foreigners, and non-Catholics for endangering and terrorizing *the multiethnic solidarity which characterized the early modern entity that we call the Spanish empire, more a federation of states loyal to one king than a monolithic nation*” (López Lázaro, 2011, p. 10, cursivas mías) postura que, en letras de molde, todavía es retomada (cf. Costilla Martínez y Ramírez Santacruz, 2025, p. 91) y firmemente esgrimida.

hipótesis de trabajo que permite separar y reunir *aquella* imagen variada y multiforme? ¿No es exactamente esto (plural) lo que construye –descubre o inventa– justamente aquello (plurinacional)? ¿Hasta dónde el primario maniqueísmo colonial –la distribución imperial metrópoli-colonia– de cabeza/cuerpo no ha convertido el juego de teoría y corpus en otra, falaz, incongruencia Ariel-Calibán (ambos esclavos de Próspero)? ¿No está esa concepción (cabeza-teoría/cuerpo-literatura) *negando*, no sólo una teoría “belly-centred”⁷, sino la *positiva* pluralidad teórica de que es capaz dicho corpus?

2 Texto: teoría de la tela y el traje

¿Cómo leer en nuestro siglo sin privilegiar las pautas de nuestro siglo? Susana Zanetti no lo formula exactamente así pero es eso, exactamente eso, lo que la inquieta en julio de 1993 cuando –en Toulouse, en el III Congreso de la Asociación Internacional Siglo de Oro– lee la ponencia “Perfiles del letrado hispanoamericano del siglo XVII”, aunque de eso vaya a ocuparse lateralmente, no al menos como se ocuparía años después del perfil del intelectual modernista a través la figura de Rubén Darío (Zanetti, 2008). De momento, apenas un año después de los desaparejos festejos del quinto centenario de la llegada de Colón a América, el problema es otro: los estudios literarios, especialmente aquellos que se ocupan del período colonial americano, se desplazan sensiblemente hacia un análisis discursivo del corpus “sin poner el acento –señala Zanetti– en su presunto estatuto literario” (1996, p. 215). Se trate de las nuevas perspectivas de los estudios coloniales o del origen de la literatura latinoamericana, el problema –afirma Zanetti– es la simplificación. Y “el riesgo de simplificación” –continúa– se halla íntimamente vinculado a “las pautas correspondientes a nuestro siglo” (1996, p. 219), que supone la contemporaneidad acrítica de todos los tiempos. Vale decir: leer en nuestro siglo textos de otros siglos privilegiando las pautas de nuestro siglo simplifica, aplanar, desproblematiza, no sólo dichas obras sino la historia misma, y la historia de los textos, de quienes los escribieron, de quienes los leyeron y de cómo, cuándo y por qué los leyeron de tal y

⁷ “The alternative tradition is belly-centred: in the beat, the drum, the apparent bawdy. This region, as opposed to the middle-class Romantic/Victorian virtues of the ‘head’” (Brathwaite, 1986, p. 74); concepción que se extiende, incluso, bastante más allá del período romántico-victoriano: cf. Tillyard (1984) y Roob (1997).

cual manera (cf. Zanetti, 1987, 1996, 2000). Como si el problema, y el riesgo, fuera leer siempre el mismo siglo (el propio), aun cuando las obras sean de otros (siglos). Y si esta idea tiene una clara raíz en los estudios de Henríquez Ureña, quien la formula o desarrolla mejor –para Zanetti– es Ángel Rama; pues fue Rama –a cuya obra, apenas un año antes, Zanetti había dedicado un detenido estudio– quien afirmó en 1982 que, “si el crítico no construye las obras, sí construye la literatura, entendida como un corpus orgánico en que se expresa una cultura, una nación, el pueblo de un continente” (en Zanetti, 1992, p. 920). De donde Zanetti deduce: si leemos en nuestro siglo obras de otros siglos con las pautas de nuestro siglo, estamos leyendo una sola literatura, siempre la misma; o peor aún: estamos leyendo apenas literatura, pero no obras. Ese es el riesgo –advierte– de leer privilegiando las pautas de nuestro siglo: simplificar, tipificar, identificando obras con literatura, y literatura con nuestras pautas. Pues si, como dice Rama, el lector hace la literatura, el riesgo –retoma Zanetti– estriba en suponer que la literatura hace, ella sola, a los lectores. Pues no, piensa Zanetti: allí están, entre otros, las obras; y también su “presunto estatuto literario”.

Difícil es que Zanetti no lo supiera, y mucho más probable es que una y otro estuvieran, deliberadamente, tramando o confirmando no la verdadera historia sino la que mejor disputaba una verdad. Pero es Rama, en todo caso, quien lo olvida primero. Y cuando escribe, en el “Prólogo” a *La novela en América Latina* aquello de “si el crítico no construye las obras...” (1986, p. 15-16), no cita a Octavio Paz que, en *Corriente alterna* de 1967 había dicho:

La crítica es lo que constituye eso que llamamos una literatura y que no es tanto la suma de las obras como el sistema de sus relaciones: un campo de afinidades y oposiciones. Crítica y creación viven en perpetua simbiosis. [...] La misión de la crítica, claro está, no es inventar obras sino ponerlas en relación: disponerlas, descubrir su posición dentro del conjunto y de acuerdo con las predisposiciones y tendencias de cada una. En este sentido, la crítica tiene una función creadora: inventa una literatura (una perspectiva, un orden) a partir de las obras (1973, p. 40-41).

Pero puestos a olvidar citas, si bien es llamativo en Paz –desde el título mismo– el olvido de Ureña (y su discutible lógica de “alternancias”, orden y anarquía, de *Las corrientes*⁸), que bien puede ser explicado por las afinidades electivas del mexicano

⁸ Y, vía Ureña, el olvido de Georg Brandes y su concepción rítmica de la historia literaria (“el que lanza la mirada sobre las corrientes principales de la literatura, descubre que estos movimientos pueden ser

(que nombra, no casualmente, entre los “buenos críticos [...] a dos excelentes: Anderson Imbert y Rodríguez Monegal”, 1973, p. 39), más cierto –o significativo– es el olvido de *El deslinde* de 1944 de Alfonso Reyes, quien había consagrado esa distinción: “literatura se llama a una agencia especial del espíritu, cuajada en obras de cierta índole”, es decir, el resultado de la distinción de “la noética o curso de pensar; y la noemática o ente pensado” (1983, p. 31 y 24). Un deslinde que Reyes consagra “críticamente” pero, fiel a su teoría, no “crea” artísticamente. Así, por ejemplo, se lee en *De sobremesa* (c.1895) de José Asunción Silva:

Es que yo no quiero *decir* sino sugerir y para que la gestión se produzca es preciso que el lector sea un artista. En imaginaciones desprovistas de facultades de ese orden ¿qué efecto producirá? Ninguno. La mitad de ella [la obra de arte] está en el verso, en la estatua, en el cuadro, la otra en el cerebro del que oye, ve o sueña (1985, p. 117).

Esta generosa, u optimista, deseosamente equitativa distribución de obra y literatura, entre quien *hace* y quien produce o *gestiona* –la obra– como literatura, no sólo pone en escena toda una economía del arte sino que tuvo en América versiones menos optimistas, o decididamente más críticas, que interpelaban –si no cuestionaban– su matriz extractiva y colonial:

Por celebrar tanta fiesta,
aquel Sacristán de antaño,
que introdujo con su voz
gallinero en el Parnaso,
cercenando de Virgilio
y zurciendo lo cortado,
más sastre que cantor, hizo
estas coplas de retazos.
Con lo cual consiguió hacer,
después de estar muy cansado,
ajena toda la obra
y suyo todo el trabajo
(sor Juana, 2004, p. 71, vv.1-12).

Esta fundamental distinción sorjuanina, impresa en 1679, a la que su carácter paródico no impide tentar aún más el nervio *capital* del problema (al dis/cernir “obra” y “trabajo”, esa plusvalía y su propiedad) que desarrollaría, poemas más tarde, al preguntarse a quién pertenece lo producido, quizá –como casi todo en las literaturas

atribuidos a un gran ritmo principal con su flujo y reflujo”, 1946, p. 11) que Paz replica: “esa ley rítmica a que he aludido: un movimiento de péndulo entre períodos de reflexión y períodos de espontaneidad” (1973, p. 37).

de América– tenga su principio, lógico pero no temporal, en los *Comentarios reales* del Inca Garcilaso de la Vega, que permean –reconfigurando incansablemente– la frontera entre “ajeno” y “propio” tanto como la de “citado” y “leído”, “escrito” y “comentado”, “creación” y “crítica”.⁹ Reconfiguración que alcanza, en el *Apologético en favor de don Luis de Góngora* de 1662 de Juan de Espinosa Medrano, si no su más precisa fórmula sin duda la más vistosa, que es la de la tela y el traje. Como quien sale del laberinto por arriba, el Lunarejo apunta: dado que el hipérbato es una figura, lo singular en Góngora no es haber hallado el hipérbato en castellano sino ser “el que primero habilitó al castellano a gozar con igualdad de sus colocaciones con el latino”. Y resume, inolvidable: “no inventó la tela, pero sacó a luz el traje”. Y para que quede claro que no se trata, como en el Inca (y luego en Borges o Duchamp), de una preeminencia temporal sino lógica, de un “principio” pero no de un origen o comienzo, remata –aún más inolvidable: “No siempre es primero el que empieza” (1982, p. 48). Y si la resolución poética y crítica es singular, no lo es menos el énfasis –y efecto– político que le imprime al subrayar que, exactamente ahí, reside la posibilidad –habilidad o capacidad– de “gozar con igualdad”.

En este sentido, la discrepancia con Paz (y su “Es un secreto a voces que la crítica es el punto flaco de la literatura hispanoamericana”, 1973, p. 39) se torna inevitable, así como necesaria con Fernández Retamar y su lectura de *El deslinde* (como mero intento de teoría de la literatura escrito en Hispanoamérica, pero *no* teoría de la literatura hispanoamericana): nada parece menos flaco y más americano que bascular estratégicamente sobre esa inestabilidad o elasticidad teórica. Y si la breve “genealogía” de elocuentes olvidos y des/encontradas citas no fuera suficiente prueba histórica de una “hipótesis de trabajo” común (con desarrollos diversos, divergentes también), la que distingue sin separar obras de literatura (y propiedad de obra y de trabajo) en América, disputando *teóricamente* lo que puede o no gozar con igualdad la categoría de “obra” y de “literatura”, e incluso: obra *de* literatura; si esa historia no probara justamente que no es la “invención” (o propiedad) de la cita sino lo que permite sacar a luz y hacer patente o notorio, la *teoría* de la tela y el traje viene a confirmar su principio americano, por cuanto se concibe a partir de ese maniqueísmo colonial y

⁹ Sobre la intervención y desarrollo de sor Juana de este asunto, y sobre el carácter fundador del Inca en sus *Comentarios*, cf. Ruiz 2018 y 2021 y 2017 y 2022, respectivamente.

opera contra él menos una salida que su sustitución: no hay problema de dos (obra/literatura, cuerpo/cabeza, antes/después) sino de volver uno (de) esa relación, puntualmente: el problema es hacer, del enlace de dos, uno-no-anterior. El problema no es inventar la tela (o la letra, o la república) sino sacar a luz –manifestar, hacer público– el traje (el texto, la soberanía). El problema no es ser *primus inter pares*, tampoco *unus inter pares*, sino la disparidad matriz. El problema es un problema de principios: no de originalidad o primeridad, sino de originariedad o capacidad de ser no-en-relación-inferior/superior (antes/después, cabeza/cuerpo). Y es un problema de principios porque el principio de América es colonial: esa violencia la funda.¹⁰ Y como dicho principio no es un problema temporal (de origen o comienzo), esa violencia la configura todavía, moldeándola con su lógica binaria, maniquea, negadora. Una lógica teórica y política, económica y psicológica, crítica y creativa. Contra –y a partir de– ese mundo cortado en dos, la teoría de la tela y el traje esgrime una simultaneidad pensable: el traje y la tela son, al mismo tiempo, distintos e inseparables, contiguos y no continuos, no autónomos sino autóctonos, “contemporáneos de historias diferentes”, como dice el verso de Enrique Lihn (1983, p. 16, v. 21) con el que Cornejo Polar no olvida encabezar *Escribir en el aire*.

La teoría de la tela y el traje no explica lo que pasa sino que pasa otra cosa: “Roza una abeja mi boca/ y crece en mi cuerpo el mundo”, explica con versos sencillos Martí (1999, p. 183, v. 35-36). Y esto, que en las literaturas de América resulta evidente (sin ir más lejos, en la siempre renovada clasificación problemática de sus textos, desde *Comentarios reales* hasta *Oración* de María Moreno, pasando por *Facundo* de Sarmiento y *Tender buttons* de Stein, *Los raros* de Darío y *The Last Novel* de Markson, *Operación masacre* de Walsh y la *Respuesta* de sor Juana, *Escrito a ciegas* de Martín Adán y *O guesa* de Sousândrade... etc.), en términos críticos da precisa razón de lo que Zanetti, en 1993, señalaba: su presunto estatuto literario. Si bien su interlocutor inmediato era entonces Rolena Adorno (1988), a quien ese mismo año responde Larsen, que señala –otra vez– cierto “dualismo falso” (1993, p. 336) en el giro discursivo que signaba los estudios latinoamericanos en los años 80 –y que,

¹⁰ “History, history! We fools, what do we know or care? History begins for us with murder and enslavement, not with discovery”, escribe Williams en 1925 (1956, p. 39). Y comentaba en 1991 Kamau Brathwaite a Édouard Glissant: “Mientras caminaba a lo largo de esa playa me di cuenta de que la historia que me había sido legada no me permitía heredar de ningún sentido natural del génesis. Más bien, me permitió heredar de un sentido del genocidio, lo que es muy diferente del génesis y, fundamentalmente, es su opuesto, porque la gente que hereda ese paisaje recogiendo el eco de aquella catástrofe ha sido exterminada por los españoles, por los conquistadores de Colón” (2008, p. 314).

en los 90, empezaría a dar pie al archivo (González Echevarría, 2000)—, pocos años después da cuenta de un blanco algo más vasto y menos personal: el campus universitario norteamericano y su políticas e instituciones culturales, así como ciertos críticos latinoamericanos, Moraña o Mignolo, allí radicados.¹¹ Esta inestabilidad crítica del “objeto literario” americano (estético, discursivo, archivístico), que todavía —en otras latitudes, aunque sin atender la discusión de la crítica latinoamericana de los 80 ni mencionar su originariedad colonial— resulta novedosa (Louis, 2022), aquel carácter “presunto” —sospechoso o figurado: siempre *hipotético*— de las literaturas de América es, sin duda, otro de los efectos negativos de la situación colonial de América y sus estudios literarios pero también, positivamente, de la teoría de la tela y el traje, fundamento teórico de la pluralidad de teorías de que es —y fue— capaz dicho corpus: es justamente esa labilidad “belly-centred” de obras y literatura, la situación siempre conjetural de lo que llamamos “literatura”, obras *de* literatura, *objeto* de los estudios literarios, es decir, esta condición no-esencial, sino política y económica, poética y crítica, la que —pese a los revolucionarios fracasos, o gracias a la lucidez revolucionaria de sus esfuerzos— continúa evidenciando sus conflictos no resueltos y posibilidades aún latentes, o simplemente abiertas. Quizá por eso, decía Rama a continuación de “si el crítico...”, “la misma América Latina sigue siendo un proyecto intelectual vanguardista que espera su realización concreta”; pero —agrega sin abandonar el optimismo de Ureña y sin olvidar a Fanon, a quien nombra y cita, como el Inca, sin comillas— asumiendo “la plenitud orgullosa de esa pobre, única realidad, como condición constitutiva” (1986, p. 16 y 35).

No es casual que la ponencia de Zanetti de 1993 —como buena parte de sus ensayos— se ubicara para pensar en el siglo XVII. Y Rama, cuanto más avanzaba sus lecturas y teorías, más se volvía al período colonial y sus textos, que es donde se funda —también— la discusión sobre el “el estatuto literario” de ciertas obras o discursos en los años 80 y 90, cuyos efectos son evidentes todavía. Y no lo es porque justamente ahí, exactamente ahí, se halla (encuentra o inventa) la teoría de la tela y

¹¹ Dice Zanetti en 1999: “veo sus reflexiones [las de Walter Mignolo] muy ceñidas a los diversos intereses de un campo específico, sobre todo atinente al campo académico —tensiones e intereses— en las universidades de Estados Unidos, y quizás de aquellos centros donde esa literatura que se estudia no se inserta en el ámbito mayor de la sociedad donde cobra una entidad vital” (2000, p. 238-239). No está de más recordar que, también en 1993, aparece el acta fundacional del Grupo Latinoamericano de Estudios Subalternos (*boundary* n. 2/3, p. 110-121).

el traje: esa inestabilidad o elasticidad teórica matriz antimaniquea que, como el colonialismo, aún nos informa. El *texto* (enunciado o trama: ese tejido, a la vez tela y traje) del período colonial y su –inestable, elástica: hipotética– capacidad de *volverse presente* como “literatura”, “obra”, “discurso”, “archivo” u “objeto” de los estudios literarios, constituyen para las literaturas de Américas lo que José Revueltas llamó un “acto teórico”, que es el que surge de

el encuentro de ese tipo de ideas que, al entrar en contacto con una realidad dada, tienen la virtud de remover –trastornar– sus estratos más profundos. Tales ideas pueden no ser teóricas necesariamente. Lo que sí constituye el *acto teórico*, la acción teórica en *profundidad*, es la remoción, el trastorno de la realidad interna, trastorno y remoción que pueden adoptar las más diversas formas exteriores, al parecer ajenas al fenómeno interno y sin conexión con él (2008, p. 19).

Hablaba en 1971 del Movimiento del 68 mexicano, pero bien podría haberlo dicho de 1532 o 1492, de 1918 o 1804, 1959 o 1767. Y agrega: así como

no se trata de desvalorizar la teoría subordinándola al practicismo y al activismo cegatones y vacíos de contenido. Tampoco se trata de afirmar que la teoría se haga en la calle –como piensan algunos– y nazca de la turbamulta [...] La teoría es vindicativa: castiga a quien la mistifica y se venga inexorablemente de quienes la traicionan y abandonan (2008, p. 154).

Que quizá sea otra forma, o también sea otra forma, de explicar la situación actual de las literaturas de Américas y sus estudios.

3 Las literaturas de América: hipótesis de un nombre

El desplazamiento de los estudios pos/de-coloniales hacia un complejo discursivo y archivístico que descuidaba el presunto estatuto literario de ciertas obras, y el fin de la literatura “latinoamericana” como efecto de lectura unificador o, desde Colón, efecto de una mirada externa (Jitrik, 1992 y Cortés, 1999), no separaron sino que unieron críticamente el siglo XX y el XXI, dando pie a una nutrida, desigual y discontinua discusión cuya conclusión, periódica y paradójicamente, suele coincidir con una de sus premisas: no existe la literatura latinoamericana pero no podemos prescindir de ella.¹² Tal vez porque este “nosotros” supone –y privilegia– al agente

¹² Coincidencia en la que, también, incurren sus títulos: “Recurrencia de una ‘paradoja’ en la teoría e historia literaria: sobre la inexistencia de la literatura hispanoamericana” (Fernández Ferrer, 2000

universitario y al sector editorial (sobre todo en su forma mundializada y monopólica: la academia y los conglomerados editoriales), es que llamativamente en todas estas intervenciones sea más que palpable la ausencia –u omisión– de la muy larga tradición crítica que, especialmente en el siglo XX, había atendido esta cuestión de forma más o menos directa, desde las célebres notas de Martí en 1881 hasta las afirmaciones de Borges en 1976 y 1983, pasando –entre otros– por Sanín Cano en 1920, Sánchez en 1937, Max Henríquez Ureña en 1940, Candido en 1957, Paz en 1967, Jorge Amado en 1977 y Saer en 1979. De todos modos, en términos históricos y críticos, los núcleos –distintos pero no separados, y muy desigualmente relevados– de la discusión en el siglo XXI los retomaba, al trazar el territorio de especulación entre la literatura –mal llamada– colonial y el fenómeno del boom, con sus reverberaciones finiseculares en los grupos de McOndo y Crack. Entre ellos, el Modernismo pende como la espada de Damocles, pues es el deseo de modernidad y el doble filo de su autonomía (Rama, 1984, p. 108 y 111) lo que parece tensar y desgarrar la cuerda de una punta a la otra, una y otra vez.

La reacción anti-boom de buena parte de la crítica, desde “Sobre la crítica” (Paz, 1973) y “El boom en perspectiva” (Rama, 1984) hasta *Alegorías de la derrota* (Avelar, 2000) y *Sin retorno* (Rodríguez Freire, 2015), sin olvidar las cándidas defensas de Volpi *et al.* (2004, 2006, 2015), son evidentes: si la consolidación de la modernidad latinoamericana ha resultado en aquella primaveral y brevísima temporada literaria y sus efectos, infernales, en cambio han comprometido una población entera en su larga historia y porosa cultura, cuando menos debe someterse a crítica tanto el valor político de dicha consolidación como la voluntad estética de la modernización misma y –agrego– también la articulación conceptual que ha permitido entender *así* nuestra historia cultural y especialmente literaria. En cualquier caso, se trata de reacciones evidentes pero no simples porque, la mayoría de las veces, se

[1998]), “La literatura latinoamericana (ya) no existe” (Cortés, 1999), “El fin de la narrativa latinoamericana” y “La literatura latinoamericana ya no existe” (Volpi, 2004 y 2006), “La patología de la recepción” (Domínguez Michael, 2004), “Y finalmente, ¿existe una literatura latinoamericana?” (Fornet, 2007), “La desbandada. O por qué ya no existe la literatura latinoamericana” (Guerrero, 2009), “Transliteraturas” (Audran y Schmitter, 2017). Cuestión que incluso vertebró buena parte del coloquio *La littérature latino-américaine au seuil du XXIème siècle* en 2008, con trabajos como “Où en est la perspective continentale dans la littérature latino-américaine au seuil du XXIe siècle?” de Jaques Leenhardt, “Paroles nomades. Les nouveaux centres de la périphérie. Panorama de la fiction latino-américaine actuelle” de Fernando Aínsa o “Au delà de la littérature: le problème des limites dans la fiction latino-américaine contemporaine” de Alan Pauls.

organizan sobre dos cuestiones tan medulares como elusivas: la identidad americana y la autonomía estética en o de América Latina. De allí que, sintéticas, las formulaciones críticas de González Echevarría (2000) y de Avelar (2000) hayan tenido tanta repercusión a la hora de organizar una tradición para la novelística latinoamericana o para, en cambio, descubrir dicha operación como una voluntad compensatoria: sea que la novela se funde negando la literatura sea que eso, justamente, exponga la “operación sustitutiva” a través de la cual el “avance” literario viene a compensar el “atraso” social, en ambos casos la identidad y la autonomía forman parte indispensable del desarrollo histórico considerado y no –sugiero, en cambio– de un modo singular de conceptualizar dicha historia y su desarrollo crítico. Así, identidad y autonomía –todavía hoy emblema y logo de muchas empresas literarias y críticas– se tornaron en nuestra historia crítica “fantasmas del origen que, porque ‘explican’ una cultura, parecen tener derecho a la conducción del reino” (Jitrik, 1992, p. 10).

Son estos fantasmas los que no sólo proyectan el arco que va del Modernismo al Boom (y sus reverberaciones) sino los que van cerrando el círculo de la modernización de América latina, para –diría Miguel Cané– velar por él. Pues allí no sólo se trata de seguir la serie que va de la profesionalización del escritor al empresario cultural independiente, sino y sobre todo –aunque cada vez más edulcorada y cínicamente– de determinar cuándo y cómo la serpiente formada por literatura y política se muerde la cola y, dados sus ciclos, pronosticar la expulsión del paraíso o el paso de un círculo del infierno al otro, en cualquier caso, esa ruptura de expectativas. Quizá fuera esta circularidad cada vez menos espiralada y más estática, que confirmaba no sólo cierto espíritu crítico concebido como “mito circular de la perenne búsqueda” (García Marruz, 1991, p. 33) sino una metodología que abordaba –regular y metonímicamente– la literatura latinoamericana refiriéndose *solo* a su narrativa (Rama, 1984, p. 79-80), la que interpela Cornejo Polar en 1992 al recordar –una vez más– que “a nadie debería extrañar que ‘eso’ que llamamos literatura es un objeto social y culturalmente construido, y en esa misma medida un objeto histórico, mudable, cambiante y escurridizo como pocos.” Y precisa:

Lo que quiero enfatizar es que la construcción del tantas veces mencionado ‘objeto’ (nuestra literatura) no depende de una opción propia de la teoría literaria sino también, y tal vez sobre todo, de una opción inocultablemente política acerca de quiénes (y quiénes no) formamos parte de ‘nuestra América’ (1999, p. 10-11).

¿Y no es hoy la especialización (académica y editorial, metodológica y conceptual) una opción inocultablemente política, la que –justamente– conjura que cualquier fantasma recorra América, unificándola así sea –decía Fernández Moreno– como “una hipótesis de trabajo” (1980, p. 17)? No es *esta* especialización, ciertamente, la que proponía o mentaba a fines del siglo XX Cornejo Polar al preguntarse cómo, con qué instrumentos, con qué arsenal metodológico enfrentamos a esta literatura compleja y heterogénea; porque aquella “urgencia de especificidad histórico-social” (1999, p. 9) y ese “arsenal” se reconocían en otra opción – puntualmente, en otra *escala*– también inocultablemente política:

El intelectual colonizado que decide librar combate a las mentiras colonialistas, lo hará en escala continental. [...] La condenación del colonialismo es continental. [...] Los esfuerzos del colonizado por rehabilitarse y escapar de la mordedura colonial, se inscriben lógicamente en la misma perspectiva que los del colonialismo (Fanon 1974, p. 193).

Si continental la condena, continental la respuesta. La especialización hoy, en cambio, transforma no sólo la escala sino la función del arsenal. El problema no es inventar la tela sino sacar a luz el traje: no se trata de conjurar la especialización sino de reconvertir su escala (si esto fuera posible y no, en cambio, que el límite de la escala continental es la especialización). Ante esa transformación de escala, los estudios latinoamericanos fracasan: “¿forma parte de la literatura latinoamericana (o no) la del Caribe no hispánico, la de Jamaica y Haití por ejemplo? ¿Y la de los chicanos?” (Cornejo Polar, 1999, p. 11) Y si la respuesta fuera afirmativa, puntualmente *positiva*¹³, ¿no cambia, entonces, la escala del nombre? Al fin y al cabo, escribe Mariátegui, quien no puede imaginar el futuro tampoco puede, por lo general, imaginar el pasado.

THE LITERATURES OF AMERICA AND THEIR COLONIAL SITUATION

Abstract: Broadly speaking, the problem with Literatures of America studies today is their specialization, the loss or absence of a common horizon, which, by no accident, coincides with a certain all-encompassing and intersectional conceptualization,

¹³ Por ejemplo: *Diccionario de términos críticos de la literatura y la cultura en América Latina*, Beatriz Colombi coord. Buenos Aires: Clacso, 2022. O: *Viene una tormenta. Selección de poesía chicana contemporánea*, Vanessa Torres Mallorga y Matt Sedillo comps. La Habana: Casa de las Américas, 2025.

organized—among other things—by archive, world literature, turns, and transitions. But what is perhaps even more significant is that specialization seems to be the result of a fulfilled desire of Latinamericanism, which Antonio Cornejo Polar pointed out at the end of the 20th century when he asked: “How, with what instruments, with what methodological arsenal do we confront this complex and heterogeneous literature?” In dialogue with Cornejo Polar's key intervention and his constant concern for the scope of these studies and literatures, the following essay aims to map out this problem, consider one of its core dilemmas (whether or not there is an American literary theory), to outline the “fabric and suit theory”, and, furthermore, address how this problem, this dilemma and this theory critically shape or reshape the current state of Literatures of America studies.

Key words: Latin American Criticism; Cornejo Polar; Literary Theory; Colonialism

AS LITERATURAS DA AMÉRICA E SUA SITUAÇÃO COLONIAL

Resumo: De modo geral, o problema dos estudos sobre Literaturas da América hoje reside em sua especialização, na perda ou ausência de um horizonte comum, o que, não por acaso, coincide com uma certa conceitualização abrangente e interseccional, organizada — entre outras coisas — pelo arquivo, a literatura mundial, as viradas e transições. Mas o que talvez seja ainda mais significativo é que essa especialização parece ser o resultado de um desejo realizado do latino-americanismo, que Antonio Cornejo Polar apontou no final do século XX ao perguntar: “Como, com que ferramentas, com que arsenal metodológico confrontamos essa literatura complexa e heterogênea?” Em diálogo com a intervenção fundamental de Cornejo Polar e sua constante preocupação com o alcance desses estudos e literaturas, o presente ensaio busca mapear esse problema, considerar um de seus dilemas centrais (se existe ou não uma teoria literária americana), enunciar a “teoria do tecido e do traje” e, além disso, abordar como esse problema, dilema e teoria moldam ou distorcem criticamente o estado atual dos estudos sobre Literaturas da América.

Palavras-chave: Crítica Latino-Americana; Cornejo Polar; Teoria Literária; Colonialismo

Referencias

ADORNO, Rolena. Nuevas perspectivas en los estudios literarios coloniales hispanoamericanos. *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, n. 28, p.11-28, 1988.

ARELLANO, Ignacio. Subversiones (o no) en la poesía colonial y la construcción crítica al margen del texto. In: CABANILLAS CÁRDENAS, Carlos (ed.). *Sujetos coloniales: escritura, identidad y negociación en Hispanoamérica (siglos XVI-XVIII)*. New York: IDEA/IGAS, 2017. p.35-58.

AUDRAN, Marie; SCHMITTER, Gianna. Transliteraturas. *Transas*, abril-mayo 2017. Disponible en: <https://revistatransas.unsam.edu.ar/transliteraturas/>. Consulta: 28 jun. 2026.

AVELAR, I. *Alegorías de la derrota: la ficción postdictatorial y el trabajo del duelo*. Santiago de Chile: Cuarto Propio, 2000.

BONFIGLIO, F. *The Great Will/El gran legado. Pre-textos y comienzos literarios en América Latina y el Caribe*. Madrid: Iberoamericana-Vervuert, 2020.

BRANDES, G. *Las grandes corrientes de la literatura en el siglo XIX*. Traducción Orobon Fernández, S. M. Neuschlosz, Ángela Romera y Marta E. Samatan. Buenos Aires: Losada, 1946.

BRATHWAITE, Kamau. Caribbean man in space and time. *Savacou*, 11/12, p. 1-11, 1975.

BRATHWAITE, K. *Roots*. Cuba: Casa de las Américas, 1986.

BRATHWAITE, Kamau y GLISSANT, Édouard. El lenguaje-nación y la poética del acriollamiento. Traducción Carolina Benavente Morales. *Literatura y Lingüística*, n. 19, p. 311-329, 2008.

CATELLI, Laura. *La ciudad letrada y los estudios coloniales: perspectivas descoloniales desde la "ciudad real"*. *Vanderbilt E-Journal of Luso-Hispanic Studies*, n. 9, p. 56-76, 2014.

CORNEJO POLAR, A. *Escribir en el aire*. Lima: Celap, 2003.

CORNEJO POLAR, Antonio. El indigenismo y las literaturas heterogéneas: su doble estatuto socio-cultural. *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, n. 7/8, p. 7-21, 1978.

CORNEJO POLAR, Antonio. Para una teoría literaria hispanoamericana: a veinte años de un debate decisivo. *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, n. 50, p. 9-12, 1999.

CORTÉS, Carlos. La literatura latinoamericana (ya) no existe. *Cuadernos hispanoamericanos*, n. 592, p. 59-65, 1999.

COSTILLA MARTÍNEZ, Héctor; RAMÍREZ SANTACRUZ, Francisco. *Carlos de Sigüenza y Góngora o la culminación del proyecto integral criollo*. Madrid: Iberoamericana/Vervuert, 2025.

DEGIOVANNI, F. *Latinoamericanismos situados: Guerra, mercado, literatura*. Villa María: Edivim, 2024.

DE LA CRUZ, sor Juana Inés. *Obras completas* tomo II. México: Fondo de Cultura Económica, 2004.

DÍAZ QUIÑONES, A. *Sobre los principios. Los intelectuales caribeños y la tradición*. Quilmes: Universidad Nacional de Quilmes Editorial, 2006.

DOMÍNGUEZ MICHAEL, Christopher. La patología de la recepción. *Letras Libres*, n. 30, p. 48-52, 2004.

DURAND, José. Garcilaso Inca jura decir verdad. *Histórica*, n. 1, p. 1-25, 1990.

EICHENBAUM, Boris. Cotidianidad literaria. Traducción Marina Kuzmina y revisión por William Díaz. *Literatura: teoría, historia, crítica*, n. 6, p. 305-315, 2004.

ESPINOSA MEDRANO, J. de. *Apologético en favor de don Luis de Góngora*. Caracas: Ayacucho, 1982.

FANON, F. *Los condenados de la tierra*. Traducción Julieta Campos. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 1974.

FERNÁNDEZ FERRER, Antonio. Recurrencia de una “paradoja” en la teoría e historia literaria: sobre la inexistencia de la literatura hispanoamericana. In: SEVILLA ARROYO, F. y ALVAR EZQUERRA, C. (coords.) *Actas del XIII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*. España: Castalia ediciones, p. 623-632, 2000.

FERNÁNDEZ RETAMAR, R. *Para una teoría de la literatura hispanoamericana*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1995.

FORNET, Jorge. Y finalmente, ¿existe una literatura latinoamericana?. *La jiribilla*, n. 318, 2007. Disponible en: http://epoca2.lajiribilla.cu/2007/n318_06/318_01.html. Consulta: 28 jun. 2026.

GARCÍA-BEDOYA, Carlos. Apuntes fragmentarios sobre los estudios literarios latinoamericanos 1970-1992. *Revista Iberoamericana*, n. 164-165, p. 509-520, 1993.

GARCÍA MARRUZ, Fina. Modernismo, modernidad y orbe nuevo. *Anuario del centro de estudios martianos*, n. 14, p.16-35, 1991.

GONZÁLEZ ECHEVARRÍA, R. *Mito y archivo*. Traducción Virginia Aguirre Muñoz. México: Fondo de Cultura Económica, 2000.

GRUZINSKI, Serge. La red agujereada. Identidades étnicas y occidentalización en el México colonial. *América indígena*, n. 3, p. 411-433, 1986.

GUERRERO, Gustavo. La desbandada. O por qué ya no existe la literatura latinoamericana. *Letras Libres*, n. 93, p. 24-29, 2009.

HENRÍQUEZ UREÑA, P. *Las corrientes literarias en la América Hispánica*. Traducción Joaquín Díez-Canedo. México: Fondo de Cultura Económica, 1949.

HENRÍQUEZ UREÑA, P. *La utopía de América*. Caracas: Ayacucho, 1989.

JÁUREGUI, C. *Espectros y conjuras. Asedios a la cuestión colonial*. Iberoamericana/Vervuert: Madrid, 2020.

JITRIK, N. *Historia de una mirada*. Buenos Aires: Ediciones de la Flor, 1992.

KURLAT ARES, Silvia G. y DE ROSSO, Ezequiel (eds). *La ciencia ficción en América Latina. Crítica. Teoría. Historia*. Nueva York: Peter Lang, 2021.

LAMMING, G. *Los placeres del exilio*, Traducción M. Teresa Ortega Sastrique. La Habana: Casa de las Américas, 2007.

LARSEN, Neil. En contra de la des-estetización del “discurso” colonial. *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, n. 37, p. 335-342, 1993.

LEÓN-PORTILLA, M. *La visión de los vencidos*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2009.

LIHN, E. *Al bello aparecer de este lucero*. Hanover: Ediciones del Norte, 1983.

LÓPEZ LÁZARO, F. *The Misfortunes of Alonso Ramírez. The True Adventures of a Spanish American with 17th-Century Pirates*. Austin: University of Texas Press, 2011.

LOUIS, A. *Sin objeto. Por una epistemología de la disciplina literaria*. Buenos Aires: Colihue, 2022.

LUDMER, J. *Aquí América Latina*. Buenos Aires: Eterna Cadencia, 2010.

MARIÁTEGUI, J. C. *Crítica literaria*. Buenos Aires: Jorge Álvarez, 1969.

MARTÍ, J. *Versos sencillos*. Edición de Iván A. Schulman. Madrid: Cátedra, 1999.

MARTÍ, José. Nuestra América. *Páginas escogidas*. La Habana: Instituto del libro, 1971, p. 157-168.

MAZZOTTI, J. A. *Coros mestizos del Inca Garcilaso*. Lima: Fondo de Cultura Económica, 1996.

MOREIRAS, Alberto. Fragmentos globales: latinoamericanismo de segundo orden. In: CASTRO-GÓMEZ, Santiago y MENDIETA, Eduardo. *Teorías sin disciplina. Latinoamericanismo, poscolonialidad y globalización en debate*. México: Porrúa, 1998.

PANESI, J. Marginales en la noche. *Críticas*. Buenos Aires: Norma, 2000. p. 339-353.

PAZ, O. *Corriente alterna*. México: Siglo XXI, 1973.

RAMA, Ángel. El “boom” en perspectiva. *Más allá del boom. Literatura y mercado*. Buenos Aires: Ed. Folios, 1984. p. 51-110.

RAMA, Á. *La novela en América Latina*. Uruguay-México: Fundación Ángel Rama-Universidad Veracruzana, 1986.

RAMA, Á. *Transculturación narrativa en América Latina*. Buenos Aires: El Andariego, 2007.

REYES, A. *El deslinde*. México: Fondo de Cultura Económica, 1983.

RICHARD, Nelly. Globalización académica, estudios culturales y crítica latinoamericana. *Estudios Latinoamericanos sobre cultura y transformaciones sociales en tiempos de globalización*. Buenos Aires: Clacso, 2001. p. 185-199.

RODRÍGUEZ FREIRE, R. *Sin retorno*. Buenos Aires: La Cebra, 2015.

ROOB, A. *El museo hermético. Alquimia y mística*. Traducción Carlos Caramés. Italy: Taschen, 1997.

RUIZ, Facundo. ¿A quién pertenece lo producido? Barroco, imperio y poesía según sor Juana. *RECIAL*, n. 14, p. 1-15, 2018.

RUIZ, Facundo. Comentarios reales para una historia del arte conceptual en América Latina. *Exlibris*, n. 6, p. 94-112, 2017.

RUIZ, Facundo. El Inca: fundador de discursividad, fundador de discontinuidad. *Anales de Literatura Hispanoamericana*, n. 50, p. 151-158, 2022.

RUIZ, Facundo. Oriente al Occidente: el poema-sastre. Centón, concepto, ideograma y montaje. *Revista Cerrados*, n. 56, p. 48-64, 2021.

SAER, J. J. La selva espesa de lo real. *El concepto de ficción*. Buenos Aires: Seix Barral, 2004. p. 259-263.

SÁNCHEZ, L. A. *Breve historia de la literatura americana*. Santiago de Chile: Ercilla, 1937.

SARLO, Beatriz. La crítica: entre la literatura y el público. *Espacios*, n. 1, p. 6-11, 1984.

SARLO, Beatriz. Los estudios culturales y la crítica literaria en la encrucijada valorativa. *Revista de Crítica Cultural*, n. 15, p. 32-38, 1997.

SARLO, Beatriz. Pedro Henríquez Ureña: lectura de una problemática. In: HENRÍQUEZ UREÑA, Pedro. *Ensayos*. Madrid: ALLCA XX-Sudamericana, 2000. p. 880-888.

SILVA, J. A. *De sobremesa*. Caracas: Ayacucho, 1985.

SOBREVILLA, David. Transculturación y heterogeneidad: avatares de dos categorías literarias en América Latina. *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, n. 54, p. 21-33, 2001.

TILLYARD, E. M. W. *La cosmovisión isabelina*. México: Fondo de Cultura Económica, 1984.

VOLPI, Jorge. El fin de la narrativa latinoamericana. *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, n. 59, p. 33-42, 2004.

VOLPI, Jorge. La literatura latinoamericana ya no existe. *Revista de la Universidad de México*, n. 31, p. 90-92, 2006.

VOLPI, J.; CHÁVEZ, R.; Padilla I.; PALOU, P. Á.; URROZ, E. Postmanifiesto del Crack. 1996-2016. *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, n. 82, p. 355-368, 2015.

WILLIAMS, W. C. *In the American Grain*. New York: New Directions Paperbook, 1956.

ZANETTI, Susana. Ángel Rama y la construcción de la literatura latinoamericana. *Revista Iberoamericana*, n. 160-161, p. 919-932, 1992.

ZANETTI, Susana. El modernismo y el intelectual como artista: Rubén Darío. In: ALTAMIRANO, Carlos (dir.) y MYERS, Jorge (ed.). *Historia de los intelectuales en América Latina*. Buenos Aires: Katz, 2008. p. 521-543.

ZANETTI, Susana. La lectura en la literatura latinoamericana. *Filología*, n. 2, p. 175-189, 1987.

ZANETTI, Susana. Perfiles del letrado hispanoamericano del siglo XVII. In: *Studia aurea. Actas del III Congreso de la AISO I*. Toulouse-Pamplona, 1996. p. 215-222.

ZANETTI, Susana. ¿Un canon necesario? Acerca del canon literario latinoamericano. *Voz y escritura*, n. 10, p. 227-241, 2000.

Recebido em 15/04/2026

Aceito em 12/06/2026

Publicado em 29/06/2026